

Dios los dones y regalos que Dios hace, y así no es lícito poner nuestro fin en ellos. Los que en semejantes dones de Dios buscan su descanso, por más mínimo que sea, y que reciben la Sagrada Eucaristía para su propio regalo, aunque sea muy pequeño, ellos mismos se embarazan y estorban para no poder gustar a Dios en sí mismo, que es su origen y principio.

Debemos enteramente dejar que Dios obre en nosotros, y que nos dé todo lo que quisiere y cómo quisiere; hemos de permitir que nos lleve por la sombra de la muerte y por las tinieblas del infierno; quiero decir por terribles y espantosos trabajos.

Así que no nos hemos de angustiar, si nos falta la devoción sensible y el amor sensible (que por la mayor parte no es agua limpia) y tampoco si nos faltan las lágrimas exteriores, mas procure cada uno estar siempre unido con Dios por amor racional, o intelectual, esto es, por la buena voluntad, y tenga por sumo consuelo la voluntad de Dios. Porque sería gran disparate decirle cada día a Dios en la oración del Padre nuestro: "Hágase tu voluntad" y, con todo eso, turbarse y tener pena cuando ella se cumple.

CAPÍTULO VIII

Sumario de algunos preceptos que es razón que sepa el varón espiritual

De la oración.- Antes de la oración, y en ella, el varón espiritual ha de desembarazar su alma, tanto como pudiere, de las imaginaciones y cuidados de otras cosas, y, así, considerando a Dios presente, suave, devota, simple y amorosamente, y poniéndose él también delante de Dios, hágale oración y adórelo en espíritu y en verdad. Y para que aprenda a estar atento, considere con tranquila aplicación, cuando está en el coro, qué palabras van enderezadas a Dios, y qué son las que Dios dice; y

ésas diga y oiga con ánimo agradecido. *Mas si aun así no pudiere fijar bastante su espíritu, no por eso se turbe, sino resígnese y supla la perfección que le falta a su obra, con la verdadera humildad, y con la buena voluntad y deseo santo.*

Después que estuviera arraigado y fundado Dios en él y él en Dios, por la íntima unión, digo que cuando libre de todo bullicio llegare al íntimo centro simple y puro de su alma, (donde se halla Dios en su fuente primera), entonces le ofrecerá a Dios su oración fija y estable. *Realmente, como Dios conoce nuestra flaqueza, no desecha las oraciones devotas, aunque vayan con distracciones del alma, si el que ora va con cuidado y se distrae contra su voluntad, y esa su voluntad no la aparta de Dios.*

La oración exterior que solamente se hace con palabras es como la paja; la interior que se hace con el alma, es el mismo grano; y así la que se hace juntamente con el corazón y con la boca, agrada mucho a Dios. Con la boca se han de pronunciar las horas canónicas y las otras oraciones a que uno está obligado, ora sea por voto, ora por constitución de la Iglesia o de su religión. *No hay oración más excelente, que pedir uno a Dios que se cumpla en él y en todos los demás su muy amable voluntad.*

Si el varón espiritual se encomienda a algún santo que ya está en el cielo, no dude que le oirá su oración, aunque no diga palabra ninguna con la boca. Ponga los ojos en él como que está presente en Dios a quien está unido. Muy agradables le son sin duda a la Virgen María Madre de Dios, y a los otros santos, cualesquiera oraciones o alabanzas que digamos con devoción a honra suya; empero ningún servicio les podremos hacer más acepto, ni en cosa ninguna los podremos honrar más, que imitándolos a ellos en ser pobres de espíritu, en atender a la presencia de Dios en todo lugar y en acudir muchas veces a lo íntimo de nuestra alma. Mas la verdadera pobreza de espíritu es la verdadera humildad de corazón, con que uno se tiene por inferior a cualquiera criatura, y está libre y exento de todas las cosas caducas, y renuncia el deleite de todas las consolaciones interiores, y afligido, humillado, desamparado, ultrajado y despreciado tiene paciencia por amor de

Dios, no procurando desechar de sí semejantes molestias y pesadumbres.

De la predicación.- Oiga con prontitud y deseo de alma el varón espiritual la palabra de Dios y la doctrina saludable, sea quien fuere el que la dice y por más simple y llanamente que la enseñe. *Porque así sacará fruto perpetuo de lo que oye, aunque se le pase de la memoria.* Y si no recibe con tanto gusto las cosas espirituales, crea que no es por falta del que las dice o enseña, sino por su culpa y humíllese. No haga mucho caso de que quien las dice tenga algunos defectos, como diga la verdad. Atienda a la misma verdad, como sale de su origen y fuente, que es Dios, y no examine con curiosidad qué tal es el acueducto o canal por donde corre. Tenga la voluntad dispuesta para cumplir todos los preceptos útiles que oye o lee, en lo que le atañe.

De la lectura espiritual.- Cuando se quisiere ocupar en leer libros santos, busque solamente la honra y gloria de Dios, y no mire a su deleite o a alguna vana curiosidad, o a saber muchas cosas; y en un mismo tiempo no lea juntamente muchas cosas porque no pierda la serenidad y sosiego de su alma, y se fatigue interiormente. Sino lea con una solícitud reposada y con un hambre interior, no con negligencia y fastidio.

Las cosas que fueren buenas y saludables, recíbalas siempre sin desabrimiento, como si fuesen cosas nuevas, aunque acaso se hayan oído o leído muchas veces. Por cierto que *si con humildad, con devoción, con llaneza, cuidado y reverencia las leyere, sacará de ellas mucho provecho, aunque no las entienda plenamente.*

Dé gracias a Dios después de la lección, y ofrézcale lo que hubiere oído y leído en alabanza eterna, en unión de su divino amor. Si tiene lugar, rúmielo entre si, y pídale a Dios favor para ordenar su vida conforme a ello, y para aprovechar con ello en el amor de Dios, *porque la oración hace que la lección sea de mucho provecho.*

Al que desea llegar a la íntima unión con Dios, y leer la soberana lección en el amable libro de la vida, y contemplar las vistas inefables en el espejo incorruptible de la divinidad, realmente le importa más considerar la pasión del Señor, orar y levantar el espíritu a Dios, acudir muchas veces al interior de su alma y morar dentro de sí mismo, que ocuparse de continuo en lección de libros materiales.

De la comunión.- El varón contemplativo reciba con gran contento la sagrada Eucaristía. Porque *con la humilde, frecuente y devota comunión, aprovechará más en la santidad de la vida y en la divina unión, que de otro cualquier ejercicio.* Y si acaso no la recibe cada día sacramentalmente, recíbala espiritualmente, con un deseo santo y con una verdadera disposición y aparejo. De esta manera la puede recibir cada día, no una sino muchas veces, con inefable fruto. ¡Oh Sacramento dignísimo y suavísimo, en el cual, debajo las especies de pan y también debajo de las especies de vino, recibimos a Cristo totalmente, esto es el cuerpo, alma, sangre y divinidad de Cristo! *También recibimos toda la Santísima Trinidad: al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, porque ninguna de estas tres Personas, que tienen una misma deidad y esencia, se puede apartar de las demás. Toda la Trinidad mora en el mismo cuerpo de Cristo; porqué toda la divinidad está en Él. Y el que con reverencia debida recibe el santísimo cuerpo de Cristo, es limpiado de todos los pecados y absuelto de los pecados mortales que no sabe, o que no se acuerda que cometió, pero de suerte que si los supiese los confesaría y haría penitencia de ellos. Asimismo se hace partícipe de todos los bienes que Cristo mereció en su vida, pasión y muerte, de todos los que se hicieron de Adán acá y se harán hasta el último escogido; finalmente, es unido e incorporado en Cristo, de donde recibe vigor y fuerza para resistir a los vicios y para perseverar en las buenas obras; y se transforma y muda en Dios, adornado ya de vida más pura y excelente y es lleno de toda la gracia de la santísima Trinidad.*

De la abnegación y la obediencia.- Abraze siempre y haga el varón espiritual lo que es más contrario a su propia voluntad y sensualidad. Niéguese y déjese a sí mismo todas las veces que alguno le pida algo que no sea ilícito; y esté aparejado a cumplir la voluntad ajena, guardando la verdadera discreción.

Jamás tenga alguna cosa en más que la santa obediencia. Más quiera coger las hojarascas de los árboles por la obediencia, que, siguiendo su propia voluntad, ocuparse en grandes obras y en soberanos ejercicios. Obedezca con prontitud de ánimo a su superior, aunque vea que es imperfecto. Considere que es vicario de Dios, hónrele y ámele sencillamente. Es tan ilustre virtud la obediencia, que afirman los santos que merece más aquel que de muy buena gana, por amor de Dios, ayunaría, pero por cumplir con el mandamiento de su superior, o con la constitución de su religión, come carne, con moderada templanza, que aquel que por su propia devoción ayuna a pan y agua. *No es posible que llegue a la perfección, quién no deja su voluntad y parecer y no obedece con prontitud de ánimo.*

Fidelidad a las inspiraciones.- Tenga en su interior gran cuenta, el varón espiritual, con las divinas inspiraciones, oyendo lo que habla el Señor en él; las cuales inspiraciones y movimientos interiores de Dios percibirá manifiestamente, si no tiene el alma embarazada, derramada e inquieta. Ofrezcase de continuo a Dios como vivo instrumento, y esté muy aparejado para cumplir su voluntad, diciendo con San Pablo: “Señor, ¿qué es lo que quieres que haga?”.¹

No resista a la voluntad divina en alguna cosa ni en algún ejercicio. No tenga por su propio gusto algún modo de vivir, ni costumbre, por santa que sea; ni haga cosa por su propia voluntad. Abrácese con el orden de vivir o con el ejercicio que Dios más le inspire interiormente y con el que siente que se enciende más en el divino amor, o que se junta más a Dios.

Uno es el camino esencial para alcanzar a Dios, más los

¹ Actos, 9. 6.

ejercicios son diferentes. Si acaso está dudoso si su propensión y buen deseo es de Dios, considere si seguiría totalmente la voluntad de Dios, si la supiese. Porque si, en efecto, tiene este deseo y pide a Dios que lo alumbré y enseñe, entienda que eso a que interiormente es tantas veces movido, es de Dios. como no sea contra lo que enseña la Escritura sagrada, ni la Iglesia. empero en las cosas más graves y de más importancia, por los engaños y ardidés del demonio, que se transfigura en ángel de luz, es mejor aconsejarse con hombres de experiencia, y seguir humildemente su consejo.

De la hermosura y perfección divinas.- Todo lo que el varón contemplativo ve de hermosura, todo lo que siente de suavidad, todo lo que considera de perfección en las cosas criadas, lo atribuya a gloria de Dios, que es la fuente y origen de todas las cosas. A éste ame con perfecto amor, dejando todas las criaturas frágiles y corruptibles; porque, teniendo a Él, tendrá todas las demás cosas. Porque Dios contiene en sí abundantísimamente todo lo que deleita o pueda dar gusto. Todas las perfecciones, que están repartidas en las criaturas, se hallan juntas y unidas en Él; y como Él sea el primero y principal dechado, y original de todas las cosas, también Él lo es todas; Él es el ser no criado de todas las cosas. Pues tuvo en su ciencia eterna todas las ideas y trazas de todas las cosas que hizo; y siempre tuvo conocimiento de todo cuanto crió, y siempre vivió y vivirá en Él Por eso dice el Evangelio, “todo lo que fué hecho tenía vida en él”. ¹ Y así nosotros también estuvimos *ab aeterno* en Dios cuanto a la idea y original. En Él, pues, tuvimos y tenemos un ser no criado; en el cual, o en cuyo conocimiento, viven eternamente todas las cosas; y esa misma esencia divina es un dechado y una idea de todas ellas. Porque toda la variedad que hay en ellas se encierra en aquella unidad simplícísima y superesencial de Dios; y en Él todas las cosas son una. De manera que están en Dios los verdaderos y perfectísimos dechados de

todas las cosas, los cuales perseveran incorruptibles eternamente. En este mundo sensible, las cosas que vemos solamente son unas sombras y señales que vuelan y pasan con el tiempo. La hermosura, la gracia, la suavidad, la riqueza, la dignidad y perfección de todas las cosas criadas son nada, si se comparan con la hermosura, gracia, suavidad, riqueza, dignidad y perfección del Criador, así como apenas es algo una pequeña gota de agua comparada con todo el mar Océano. Verdaderamente, si se comparasen con Dios el cielo, la tierra y cuanto tiene criado, y puede criar (porque si quisiese podría criar muchos mundos, y más excelentes que éste), es todo tan nada. o a lo menos tan poco, cuanto es la punta de una aguja comparada con toda esta máquina muy grande del cielo. Y así como ese sumo criador y Dios nuestro es eterno, sin principio y sin fin, así también es inmutable, sin alteración ni mudanza, y siempre es el mismo.

Los misterios divinos.- El varón espiritual, si no quiere errar, no escudriñe por que deja Dios a algunos en su error y ceguera y a otros no; mas dejándole a Dios sus juicios (que son un abismo, que no hay quien lo puede vadear), crea, sin dudar, que ninguna cosa hace ni permite injustamente.

No debe tampoco investigar temerariamente ni hablar con curiosidad de los misterios de la altísima e incomprensible Trinidad; antes bien, conserve simplemente la fe verdadera e íntegra de un solo Dios en tres personas; sabiendo que es tan imposible que alguien pueda explicar la Trinidad en sí misma como es imposible que alguien, estando en la tierra, llegue con el dedo a tocar el cielo, ¿Pues quién puede entender que el Padre, contemplándose a sí mismo y viendo con conocimiento clarísimo el abismo de su esencia perenne, a causa del inmenso goce, pronuncie su Verbo eterno, o sea, engendre al Hijo? Porque en este conocimiento de sí consiste la generación de su Hijo desde toda la eternidad. ¿Quién puede entender que el Espíritu Santo proceda y emane del Padre y del Hijo? ¿Quién comprende que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en cuanto a la esencia, sean

verdaderamente una sola cosa, y no obstante, en cuanto a las personas, haya una profunda distinción, y que cada Persona contenga en sí a las otras dos? En esto, es absolutamente mejor conocer algo por experiencia que discurrir acerca de estos misterios. Los que reciben de Dios especial iluminación y llegan a alcanzar la mística unión con Él, adquieren un conocimiento más cierto de lo que pertenece a la fe católica y a sus misterios, que el conocimiento que nosotros tenemos de las cosas que claramente vemos con los ojos corporales.

Asímismo, el varón espiritual tampoco debe investigar el modo como el verdadero, vivo e inmortal Cuerpo de Cristo se halla en el Sacramento de la Eucaristía; antes bien, creyendo firmemente que nada es imposible a Dios, procure conservar una fe pura e inviolada en las cosas que no le es dado alcanzar con el entendimiento y la razón.

La lucha con las pasiones.- No desmaye por las tentaciones que le sobrevienen, porque la perfección de las virtudes se alcanza con buena guerra. Para grande provecho nuestro dejó Dios en nosotros las malas inclinaciones; y esto hizo para que, resistiéndolas nosotros valerosamente y peleando muy bien con ellas, algún día nos dé gloriosamente la corona en el cielo. No conviene que todos, en dos palabras, sin contradicción ninguna de tentaciones, lleguen a la perfección, pues aun lo que se siembra no suele dar luego su excelente fruto, sin que sufra primero la aspereza del invierno. Es cosa cierta, que los que son notablemente inclinados a los vicios y que con gran trabajo se apartan de las imágenes de las cosas perecederas que tienen como pintadas en su alma, si con cuidado se procuran mortificar y desasir, serán mucho mejores que aquellos que no tienen esas inclinaciones y pasiones, y con facilidad se desprenden de semejantes imágenes. Porque de más valor es el retrato del príncipe, labrado y esculpido con mucho trabajo en la piedra dura, que aquel que sin ninguna dificultad fué estampado en barro blando. Y realmente *si alguno de estos valerosos guerreros saliere de esta*

vida imperfecto, y estuviere algún tiempo en el purgatorio, alcanzará, después de purgado perfectamente, más alto grado en el cielo que el que no peleó tanto, ni tuvo tanto fervor, aunque por ventura vaya luego a gozar de Dios, sin ir al purgatorio.

También los varones perfectos sienten algunas veces algunos movimientos desordenados, en las potencias inferiores y sensitivas, empero hácenles resistencia con la razón y la voluntad. Verdaderamente que se embravece entonces la tempestad en el hombre exterior, pero en el interior hay entera paz. Pues no imagine el varón espiritual que pierda la divina gracia por lo que padece, contra su voluntad, en las potencias inferiores del alma.

Muchas veces suele Dios llevar adelante el bien y remedio de sus escogidos, con algunas cosas que les parece a ellos que antes les son contrarias; y así permite algunas veces que les vengan tentaciones torpes, horrendas e infernales. El siervo de Dios en ellas resígnese todo en el Señor, recogién dose dentro de sí mismo. Y no deje por eso de comulgar y hacer las demás obras buenas; pues por más que las sienta, ningún daño le hacen mientras no les dá consentimiento.

No haga más caso de las blasfemias y de otros desvaríos, que el demonio suele ofrecerle, que de moscas que andan delante de sí volando, volviéndoles luego el rostro y dejándolos. Si le molestan demasiado, hecha la señal de la cruz pida a Dios favor, y dígame: “Señor, guárdame limpio en tu acatamiento; yo querría más morir mil veces que consentir en este pecado o en esta abominable sugestión”. Acuda al árbol de la santísima Cruz o a la pasión del Señor. Y aunque por ventura sienta que está tan desamparado, que parezca que le dice Dios: “Apártate de mí, que no te conozco, no me contentas nada”, de ninguna suerte pierda por eso la esperanza; mas, lleno de fe, diga con el santo Job: “*Aunque me mate, esperaré en él*”,¹ y aunque esté metido en el infierno, de allí me librará”. Y, volviéndose a Dios, añada estas palabras: “Mucho me fatigan, Señor, las cosas que padezco, y me parece que no son muy conformes a lo que me importa; mas tú, que ninguna cosa

¹ Job. 13.15.

permities sin causa, sabes la razón de ellas; por tanto, confiado en tu bondad, me resigno todo en Ti". Crea que si él no deja a Dios, Dios no le dejará a él. Dios que conoce bien la flaqueza del hombre, templea con gran diligencia las tentaciones de sus escogidos, para que no sean mayores de lo que pueden sus fuerzas; como cuando la madre desnuda su niño, porque el demasiado calor no le lastime.

Las tribulaciones, señal de salvación.- El varón espiritual sufra con mucho contento cualquier tribulación y angustia de espíritu, acordándose de la pasión del Señor y de sus propias culpas, y semejante trabajo, venga de donde viniere, recíballo, no de otra mano sino de la del mismo Dios, *aunque por ventura le haya sucedido por su culpa.*

Esté dispuesto y aparejado para vivir en semejantes angustias y dolores aunque sea hasta el día del juicio, si es esta la voluntad del Señor. Porque *nada le puede suceder al hombre de más provecho que la tribulación, ora sea exterior, ora interior. Y ninguna señal hay más cierta de que uno es escogido de Dios, y señalado para el cielo, que sufrir tribulaciones con humildad y paciencia por amor de Dios.* Porque la tribulación es el anillo precioso y excelente con que Dios desposa consigo el alma. Es de tanta estima el padecer por Dios, que con mucha razón ha de pensar el hombre que no merece tanta honra. *Y una muy pequeña molestia, sufrida con paciencia por amor de Dios, es sin comparación más excelente que muchos y muy grandes ejercicios de buenas obras.*

Las tribulaciones son dones de Dios.- Cualquier trabajo representa, en cierta manera, alguna imagen de la pasión de Jesucristo nuestro Señor, y puede el hombre merecer en él una perfecta participación de esa misma pasión del Señor. Por la tribulación alcanza el hombre los dones de Dios, y, si los recibe antes de la tribulación, se conservan con ella. Todo lo que padecemos lo tiene el Señor prevenido *ab aeterno*, y supo que habíamos de padecer aquello así, y no de otra manera. Jamás Él

consentiría que a ninguno de los escogidos le sucediese adversidad ninguna interior o exterior por pequeña que fuese, ni aun soplar contra ellos el más mínimo viento de tribulación, si no supiese que les importaba mucho. Con el frío, con el calor, el hambre y sed, con las enfermedades y con otras cualesquiera aflicciones, no solamente limpia nuestras almas, empero también las adorna y pule maravillosamente; así como el diestro pintor suele con los matices y colores sacar una imagen muy acabada; y a la doncella noble, que ha de casar con un príncipe, la adornan y componen con diferentes y ricos aderezos y joyas.

Dice Dios a los que ha escogido soberanamente para el cielo y que especialmente los tiene reservados para su servicio: “Quien os tocara a vosotros, me llegará a mí a las niñas de los ojos”,¹ empero antes permitiría que los demonios, los hombres y los elementos, y otras cualesquiera criaturas los fatigasen y molestasen, que dejarlos de limpiar y adornar con las tribulaciones. Así que cualquiera tribulación y trabajo se ha de sufrir con paciencia, en lugar de infierno o depurgatorio. Porque *el alma que está pura y resignada de veras, en saliendo del cuerpo, va a gozar inmediatamente de Dios.*

Las tribulaciones nos transforman en Dios.- Dice un amigo de Dios: “Si luego que el hombre siente la aflicción y dolor, se resigna en Dios con humildad y perseverancia, semejante resignación es, en el acatamiento del Señor, como una cítara dulcísima, en cuyas cuerdas cantando el Espíritu Santo suavísimamente, con cierta armonía interior y oculta, regala muy mucho los oídos del Padre celestial. Hacen en esta cítara las cuerdas gruesas, esto es, las potencias del hombre exterior que por todas partes están ocupadas del dolor, un sonido bajo y triste; pero las cuerdas más delgadas, esto es, las potencias del hombre interior, que perseveran con perfecta devoción, y con resignación voluntaria y sufrida, hacen un sonido agudo y alegre. Con la tribulación gime la naturaleza sensible, mas la superior está

¹ Zacarías, 2, 8.

sosegada y quieta. Y por cierto que por las tribulaciones ardientes y encendidas, que consumen los mismos tuétanos de los huesos, se hace el alma muy amada esposa del esposo eterno, y reina especial; las cuales no de otra manera la disponen, que el fuego dispone la cera para que el artífice imprima en ella la forma que más gusto le diere. Realmente que si aquel Supremo Artífice ha de imprimir en el alma la nobilísima imagen de su Eterna Esencia, es necesario que dejada su antigua forma se mude y transforme sobrenaturalmente, pues ninguna cosa se puede vestir de la forma ajena, si no se quita y pierde primero la propia. Para la cual venturosa mudanza y transformación, dispone el todopoderoso Dios el alma con muy graves y espantosas tribulaciones. Porque a quien Dios determinó adornar con dones soberanos y transformarlo altamente, no tuvo Él por costumbre de lavarlo con suavidad y blandura, sino de zambullirlo todo en el mar de grandes amarguras”. Hasta aquí son palabras de aquel amigo de Dios.

De las caídas en pecado.- Cuando el varón espiritual peca, a sí solo eche la culpa; y más se duela y llore por haber ofendido a su Dios, padre fidelísimo y dulcísimo, que por hacer merecido los tormentos eternos. No procure huir aquella áspera reprensión, con que entonces es fatigado de Dios interiormente, mas súfrala con humildad como medicina saludable. *Agrave sus culpas, mas no desespere.* No es su enfermedad incurable, ni sin esperanza de remedio, cuando de la caída se hace más humilde y cauto. Y, después de caído, *no se ponga a examinar con grandes escrúpulos cómo le sucedió aquello, ni ande entre sí, como huyendo de Dios, revolviendo mucho tiempo, más de lo que importa, su defecto; sino acuda luego a Dios,* y volviéndose a Cristo con un corazón contrito y amoroso (aunque le falte la compunción sensible), dígame: “Señor, a Ti me acojo, conozco mi culpa, ten misericordia de mí, pecador. Mis pecados y negligencias arrojo en el abismo de tus misericordias. Renuncio todo lo que te desagrade, y desecho todo lo que Tú no eres. Propongo con tu gracia enmendarme, lávame con tu Preciosísima Sangre.

En Ti espero, mi Señor clementísimo, y beso esa tu amable mano derecha que cuando caigo siempre me recibe”.

Cometido el pecado, es mucho mejor volverse a Dios, y acudir luego derecho a Él, que ocuparse y detenerse mucho examinando el pecado. Porque en ninguna parte podrá dejarse mejor la disformidad contraída por la culpa, que en Dios. *No es posible, realmente, que Dios, que es fuente de misericordia inmensa, deje de socorrer ni perdonar al que con humildad y confianza acude a Él, aunque hubiese cometido, millares de veces, todos los pecados del mundo juntos.* Sin duda que no se prende tan presto el fuego en el lino echado en él, como está Dios presto para perdonar al que de veras le pesa de sus pecados. Ninguna cosa se interpone entre la bondad de Dios y el pecador que hace penitencia; y la penitencia verdadera y la contrición excelente es tener un alma humilde, y apartar la voluntad de todos los pecados y de todo lo que impide el divino amor, y convertirla enteramente al mismo Dios. Oh, cuán dulce había de ser nuestro Dios a nuestros corazones, el cual más nos ama que nosotros mismos; y se nos da y ofrece liberalísimamente a sí mismo; siendo nosotros totalmente indignos de Él, por nuestra grande malicia e ingratitud. *Aun con saber, Él, que dentro de un momento le hemos de ofender, alegra muchas veces nuestros corazones con el consuelo de su gracia.*

De los defectos incorregibles.- *No se desconsuele el varón contemplativo por aquellos defectos que en ninguna manera puede acabar de vencer en sí; mas, resignándose en Dios, no haga más caso de ellos que de un poco de estiércol, que, derramado por el campo de su alma, la fertiliza para que dé más fruto.* Porque muchas veces suele Dios dejar algunos defectos espirituales y algunas culpas pequeñas en sus especiales amigos (que por la mayor parte son algo coléricos y precipitados, o padecen mucho tiempo algunos primeros movimientos) para que, conociéndose a sí mismos y dándose a conocer a otros, se humillen más; y la gracia que recibieron de Dios esté escondida como el fuego debajo de la ceniza, y se conserven mejor.

Muchas veces acaece que aquellos que aun están llenos de sí mismos y que son grandes en sus ojos, enfrenan más valerosamente en si los primeros movimientos, y en lo exterior sufren cualesquiera adversidades, con más esfuerzo que los amigos de Dios humildes y de veras resignados; porque éstos, en cuanto al hombre interior, perseveran quietos en las adversidades, mas en la sensualidad, la mayor parte se turban y aborrecen las penas y trabajos. Ruegue, pues, a Cristo el varón contemplativo, que supla todas sus imperfecciones. Al fin, *si tuviere paciencia, merecerá oír interiormente al mismo Cristo, que le dice: "Te doy gracias, hijo, porque has llevado conmigo mi cruz, sufriendo con paciencia, hasta el cabo, tus defectos.*

De los escrúpulos y pusilanimidad.- Huya siempre el varón espiritual el demasiado temor, la desordenada pusilanimidad, los superfluos escrúpulos de la conciencia, los cuidados inquietos y las angustias perplejas, como muy graves impedimentos. Arroje en Dios con humilde y entera confianza todos sus negocios; porque, así en lo interior y exterior, le proveerá Dios mucho mejor que todas las criaturas juntas. Las más veces suele el Señor dejar que se vean en mucha miseria y necesidad los que se meten demasiado en cuidados y obras exteriores, que o no quieren o no se atreven a fiarse de Dios, para que así echen de ver cuán poco vale su industria. Pues, el siervo de Dios no dé lugar a cuidados que no sean muy moderados y convenientes.

No le fatigue mucho el pensar si después de esta vida será necesario que vaya al purgatorio a purgar sus culpas, mas abandonándose por entero y resignándose tranquilamente en la voluntad, providencia y disposición de Dios entodas sus cosas, tenga por bueno y muy agradable cuanto quisiere hacer de él, así en el tiempo como en la eternidad. *Confíe sin duda que el piadosísimo Señor de muy buena gana le perdonará todos sus pecados, mas no pida ni desee que no los castigue.* Así como ama la divina misericordia, ame la divina justicia; de suerte que *esté*

dispuesto para sufrir por sus pecados las mismas penas del infierno, si lo pidiere el decoro de la divina justicia, y Dios lo quisiere así. Y con esto podrá alcanzar indulgencia plenísima, quedando absuelto de culpa y de pena.

Conozca que todas cuantas obras ha hecho, y cuantas tribulaciones ha padecido, no tienen quilates para poder satisfacer como es razón por sus innumerables pecados. Pues las buenas obras que hiciere y las adversidades que padeciere, las haga y sufra para aplacar a Dios, a quien ofendió, y para agradarle y hacerse su amigo; y en ellas mire solamente la honra, amor y voluntad de Dios. Y, para satisfacción de sus pecados, ofrezca a Dios los merecimientos, trabajos, obras, dolores y llagas de Jesucristo; porque éstas sin duda tienen valor para satisfacer enteramente por todos los pecados. *No confíe indiscretamente en su buena voluntad o en el buen propósito por más firme que sea, ni en la costumbre adquirida de muchos días, ni en su industria, virtud y diligencia, ni en los dones que ha recibido de Dios; mas ponga su esperanza solamente en el Señor, en sola su misericordia, y en solo el favor de su gracia; porque sin Él no es posible comenzar ninguna obra buena, ni perseverar en ella.* Desconfiando, pues, de sí, confíe en Él, que lo puede todo. Nada de cuanto bueno hace, o dice, o piensa lo atribuya a sí, sino todo a Dios; conservándose siempre en su nada, estimando más que a sí, aun aquellos que le parece que viven muy mal, porque, en efecto, si tiene algún bien, no es suyo sino de Dios. Porque de su cosecha es notablemente mal inclinado, y si la gracia de Dios no lo guardase, caería en innumerables y gravísimos pecados. Y así, dice el Señor con mucha razón: “Cuando hubiereis cumplido todo lo que se os mandare, decid que sois siervos inútiles”¹

Del deseo de aprovechar y desconfiar de sí mismo.- Por más que aproveche en el servicio de Dios el varón espiritual, nunca deje el deseo de aprovechar. Porque no podrá llegar a Dios tan alta y profundamente, mientras vive en este destierro, que no

¹ Lucas, 17, 10.

pueda entrar en él cada momento más profundamente. Así se haya siempre consigo, y así se humille y desprecie, como si ahora comenzara. Probablemente, mientras viviere en esta vida, habrá algo en él que no esté todavía del todo mortificado. Además, aunque llegara a tal punto que la vista de las criaturas no le muevan ni alteren; demos que, aunque se le ofreciesen las más preciosas bellezas humanas del mundo, las despreciara luego (no por quererlas mal, pero no haciendo caso de su vana y corruptible hermosura), con todo eso ha de estar siempre muy sobre aviso, y tener consigo grandísima cuenta toda la vida. Aunque en cualquiera lugar, y entre cualesquiera hombres que se halle, sepa recogerse, atendiendo a dar la preferencia a Dios y estar con Él, con todo eso, es muy justo que si le diesen a escoger, que escoja un lugar quieto y apartado de todo bullicio y que se aparte de las ocasiones de ofender a Dios.

Examen diario.- A la noche, cuando se recoge a dormir, dé de mano a todas las ocupaciones que no son para aquel tiempo. Piense los descuidos que le ha hecho aquel día, en que ha ofendido al Señor, cuán negligente ha sido en su servicio y cuán ingrato a sus beneficios; y confiese delante de Dios esas culpas, proponiendo de confesarlas a su tiempo al confesor, y, con la ayuda del Señor, de enmendar su vida. póngase en la cama honesta y castamente; y rumiando entre sí alguna cosa espiritual, duerma entre santos pensamientos y devotos deseos, para que pueda decir con la esposa: Yo duermo y mi corazón vela.¹

Ofrecimiento matutino.- En despertando por la mañana, acostúmbrese a poner luego su primer pensamiento, su primera intención y sus sentidos en Dios, con amor y alegría espiritual; para que Dios lo visite y le dé su gracia. Ofrezcase a Dios en alabanza eterna. Mas si, en despertando, se sintiera fatigado, que no pueda libremente levantar el espíritu a Dios, no por eso desmaye; mas lleve con paciencia y humildad semejante molestia.

¹ Cantares, 5, 2.

Porque no medirá Dios su devoción por aquella confusión y desorden de su espíritu, sino por la buena voluntad y obras santas que se siguieren. Y si entre sueños le hubiere sucedido alguna torpeza, luego que pasado el sueño volviere sobre sí, abomine de todo ello, y confíe en el Señor.

Visiones y revelaciones.- No dé crédito indiscretamente a sueños y visiones; porque fácilmente engaña el demonio a los que fían en ellas, y las desean y estiman en mucho. Demos que por diez años enteros fuesen verdaderos los sueños y visiones de alguno, procurará el demonio después, por engañar a un hombre indiscreto, el modo de mezclarse en ellos alguna vez, transfigurándose en ángel de luz. Semejantes revelaciones se han de examinar con la divina Escritura y con los dichos de los santos; y si conforman con ellos, podrán ser recibidas por verdaderas; de otra manera, se han de dejar y no hacer caso de ellas. Asimismo es necesario tener gran cuenta si por ventura aquel a quien se hacen las revelaciones del cielo hacen al hombre humilde de espíritu, resignado y blando; mas las ilusiones del demonio, por el contrario, hacen al hombre soberbio, amigo de su parecer y obstinado. Realmente que algunos especiales y perfectos amigos de Dios suelen algunas veces tener arrobamientos, y se les hacen excelentes revelaciones. A veces aprenden la verdad que les es necesaria a ellos y a otros, y a veces algunas cosas que han de suceder, las cuales se les muestran o por palabras o por imágenes corporales, o por semejanzas espirituales, o por revelación intelectual, que se le muestra a su alma. Y no son las más excelentes las que se les explican en alguna manera con palabras; empero que sea lo que sienten estos mismos varones perfectos, cuando en efecto son arrobados en Dios, y unidos íntimamente con Él, no se puede explicar con palabras, ni comprender con el entendimiento. Los cuales en ningún regalo que Dios les haga buscan su descanso; mas los imperfectos (de los cuales también algunos incurren a veces en cierto pasmo y sueño o enajenamiento de espíritu, y ven cosas admirables en imágenes y formas) fácilmente

se aprovechan de los dones de Dios, ora sea para vanagloria, ora para su propio deleite y regalo.

CAPÍTULO IX

De la intención que el varón espiritual ha de tener en sus obras, y cómo las ha de encomendar al Señor y unirlas a las obras de Cristo; y cómo ha de suplir sus imperfecciones con los merecimientos del mismo Jesucristo

Rectitud de intención.- Acostúmbrase el varón espiritual, por una intención santa, a referir sus obras a gloria de Dios, y a juntar y unir por la oración y deseo con las obras y dolores de Cristo, así las obras que hace, como los trabajos que padece; porque así sus obras y trabajos, que son muy imperfectos y de ningún valor, se harán perfectísimos y nobilísimos, y serán muy aceptos a Dios.

Unión a los méritos de Cristo.- Porque de los merecimientos de Cristo a quienes estuvieren unidos, recibirán inefable dignidad y valor y merecimiento; así como una gota de agua echada en un vaso de vino se consume, y del mismo vino recibe el maravilloso olor y sabor, las buenas obras del que hace esto con devoción, exceden sin comparación ninguna a las del que no las hace. El varón espiritual podrá, si no está contento con aquella intención interior con que sin palabras mira y desea la gloria sólo de Dios, decir antes de sus buenas obras al Padre eterno: “Padre santo, yo me encomiendo todo en tus manos, y todas mis obras en unión del amor de tu querido Hijo; y te suplico

que tengas por bien de recibir todo cuanto yo hiciere para gloria eterna de tu Nombre, y para salud y remedio de todos los hombres. “O podrá decirle a Cristo de esta manera: “Oh Señor Jesucristo, que estás dentro de mí, cuanto a la divinidad, ten por bien hacer de mí esto, como fuere tu voluntad, para bien y salud de todos los hombres”. Antes de comer, o antes de dormir, teniendo lugar, dirá: “Concédeme Señor Jesucristo, que a gloria y honra de tu Nombre tome esta refección templadamente, o tome este sueño honestamente, en unión de aquella piedad suavísima, con que Tú, Dios mío, hecho hombre, tomaste por mí la refección o el sueño corporal estando en este mundo.” Algunos hay que mientras comen rúman estas palabras entre sí: “¡Oh mi amado Jesús!, la virtud de tu divino amor me incorpore y junte contigo íntimamente;” y cuando beben, éstas: “La dulzura de tu divina caridad, mi amado Jesús, corra por mis entrañas, y penetre toda mi substancia, para tu eterna gloria.” Los religiosos que tienen lectura mientras comen, han de estar atentos a ella si la entienden.

Ofrecimiento de obras.- El varón espiritual ha de encomendar sus obras y ejercicios al piadoso y suave Corazón de Jesucristo (que está unido al corazón de la divinidad de donde mana todo bien) para que allí se enmienden y perfecciones; y ofrézcalas para alabanza eterna de Dios, de ésta o de otra manera semejante: “Buen Jesús, yo encomiendo a tu divino Corazón esta obra que hice, estos mis ejercicios para que los encomiendes y perfecciones, y te los ofrezco para tu alabanza eterna; y para salud de toda la Iglesia, en unión de aquel amor con que Tú Dios nuestro, quisiste hacerte hombre y morir por nosotros”. O de esta manera: “En unión de tus perfectísimas obras y ejercicios”. De la misma suerte podrá ofrecer sus oraciones, en unión de las oraciones del Señor; sus ayunos, en unión de los ayunos del Señor; su comida y su sueño, en unión de aquella inestimable caridad con que el mismo Cristo, hecho hombre por nosotros, comió o durmió en este mundo, Asimismo podrá ofrecer sus palabras en unión de las sacratísimas palabras de Cristo; y

también las lágrimas que algún día derramó, las podrá ofrecer en unión de sus purísimas lágrimas etc. Si la ofrenda va enderezada al Padre, ofrezca sus obras, ejercicios y palabras en unión de las obras, ejercicios y palabras del Hijo, como está dicho, o puede decir así: “Padre santo, yo te ofrezco estos mis ejercicios, estas mis palabras, por amor de tu único Hijo, en virtud del Espíritu Santo, para alabanza eterna de tu Nombre, y para salud y bien de todos los hombres”.

Ofrecimiento de penas.- Empero casi de esta suerte podrá ofrecer sus tribulaciones, ora sean gandes, ora pequeñas; ora interiores, ora exteriores: “Yo te ofrezco, dulcísimo Señor Jesucristo, esta molestia, esta tribulación, este impedimento, esta angustia, esta tentación, o estos dolores, esas calamidades y todo cuanto he padecido en mi vida, en unión de tu sacratísima Pasión, o en unión de todo lo que padeciste por mí. Ofrezcolas para gloria eterna de tu Nombre y para bien y salud de toda la Iglesia.” O le podrá decir al Padre: “Padre santo, yo te ofrezco todos mis trabajos y molestias en unión de la Pasión sacratísima de tu muy amado Hijo, para gloria eterna de tu Nombre, etc.”

Satisfacción por los pecados.- Para enmienda, paga y satisfacción cumplida de todos sus pecados y negligencias y de todos los pecados de todos los hombres, así vivos como difuntos, y para su salud y remedio, ofrecerá al Padre eterno los merecimientos de Jesucristo; le ofrecerá su Encarnación, Nacimiento, Vida, Pasión y Muerte, Resurrección y Ascensión; o en especial, ofrecerá por su soberbia, la humildad de Cristo; por su impaciencia la paciencia de Cristo; por su incontinencia, la continencia de Cristo, y por su malicia, la inocencia de Cristo, y podría decirle a Jesús: “¡Ea, Señor mío! responded por mí y satisfaced por mis pecados, ofreciendo al eterno Padre los merecimientos de vuestra santísima humanidad”. Asimismo podrá ofrecer por sus pecados y por los ajenos, la Hostia santísima, cuando el sacerdote la hubiere consagrado en la Misa. De paso

advertimos aquí, que esta Hostia santísima se puede ofrecer para aumento del gozo y gloria de algún santo que ya está en el cielo. También se les puede ofrecer a los santos el Corazón dulcísimo de Jesucristo (el cual es tesoro de toda bienaventuranza) para aumento de la gloria de los mismos santos

Plegaria universal.- Cualquiera cosa que el varón espiritual pidiere en nombre del Hijo, ora sea perdón de sus pecados, ora sea otra cosa necesaria para su salud y remedio, la alcanzará fácilísimamente. Como si le dijese al Padre: “Padre clementísimo, ten misericordia de mí, perdona a este pecador. Perdona, Señor, mis pecados y negligencias, por los merecimientos de tu único Hijo” Porque no es posible que no le sea muy aceptable al Padre eterno la petición y ofrenda que se le hace por los merecimientos de su único Hijo; así como lo que se mira por alguna piedra preciosa, o vidrio de color de oro, o carmesí, forzosamente ha de parecer dorado o colorado. Y porque en el cielo ni en la tierra no tiene el Padre eterno cosa que más quiera que a su único Hijo. Y por eso la Iglesia, nuestra Madre, suele concluir sus peticiones diciendo: Por Jesucristo, Señor nuestro.

Podrá también pedir a Cristo el varón espiritual que supla sus imperfecciones con estas o con otras palabras semejantes: “Buen Jesús, yo te sirvo con mucha imperfección, yo te alabo imperfectísimamente; yo te deseo y amo no como es razón, todavía estoy muy lejos de la verdadera negación y mortificación de mi mismo, de la verdadera humildad, mansedumbre, paciencia, caridad, continencia; te suplico, pues, Señor, que tengas por bien de suplir en mí lo que me falta, ofreciendo al Padre eterno tu divino Corazón.” O podrá decir así: “Las alabanzas y el oficio divino que he rezado, y este mi tibio y distraído servicio, lo encomiendo todo a tu divino Corazón, para que en ello me enmiendes y perfecciones; y te lo ofrezco para gloria de tu Nombre, y salud de toda la Iglesia, en unión del amor con que Tú oraste y alabaste a tu Padre en la tierra; ruégote que a ti mismo te alabes en mí perfectísimamente”. Cuando estas cosas

se dicen con humildad, sin duda que suple Cristo todo lo que al hombre le falta. Creámoslo así, que será realmente. Porque infaliblemente alcanzamos del Señor lo que nos importa, si con humildad y segura confianza esperamos que lo alcanzaremos.

Aquel que pide a Jesucristo que satisfaga por él y se reviste con sus méritos infinitos, y a pesar de esto se queda medroso y vacilante, es semajante a un hombre que despojado de un vestido pobre y sucio para vestir ornamentos de príncipe, sin embargo, no sabe dar a su porte la nobleza y gravedad que exige la pompa real, antes bien conserva sus maneras rústicas y su andar sin elegancia ni distinción.

Todo esto que hemos dicho fué Dios servido de revelarlo a algunos especiales amigos suyos; para que así hagamos nuestras obras de valor y merecimiento, y para que por este camino aliviemos nuestra pobreza con el tesoro infinito de los merecimientos de Cristo; y para que hermoseemos nuestras almas con los mismos merecimientos de Cristo, y , en conclusión, para que por este orden satisfagamos facilísimamente por nuestros pecados.

CAPÍTULO X

Declaración de un muy devoto ejercicio para cada día

Recogimiento.- Aunque el varón contemplativo, cuanto lo permite la flaqueza humana haya de estar siempre recogido interiormente, con todo eso, cada día, si no es impedido, ha de procurar presentarse delante de su Esposo celestial, y unirse con Él, ora sienta devoción, ora no, escogiendo para esto alguna hora conveniente, y no le ayudará poco para ello el ejercicio que arriba pusimos, adonde señalamos algunas oraciones o aspiraciones con

que levantar el espíritu; empero aquí enseñaremos otro, que afirman los Padres que es muy provechoso, y no lo estimará en poco el que comienza la vida espiritual.

Contrición de los pecados.- Primeramente, pues, recogidas todas sus potencias y sentidos, póstrese en espíritu a los pies de Jesucristo, y llore allí sus pecados con humildad y dulzura, arrójelos en el abismo de las misericordias de Dios; para que, anegados allí, se consuman y vuelvan en nada. Ha de desear con todo su corazón no haber jamás ofendido a Dios; para que por este camino merezca agradarle como si nunca lo hubiera ofendido. Proponga de huir, con su divina gracia, todo lo que le desagrada; y pedir perdón por los merecimientos de la Humanidad de Cristo, y por los de la gloriosísima Virgen María y de todos los santos; y pedirá ser lavado con la Sangre preciosísima de Jesucristo, y ser sano y santificado perfectamente; y de esta suerte *estará confiado de que ha recibido plenaria indulgencia y perdón de todos sus pecados.*

Dar gracias por los beneficios.- Levantándose, luego hará una breve memoria de la Vida y Pasión de Cristo, y dará gracias a su soberano Redentor.

Humildad y abnegación.- Después se humillará a toda criatura, y a todos los hombres los estimará en más que a sí, y los amará a todos; y renunciará todo cuanto hay debajo de Dios; ha de resignarse enteramente en la divina voluntad; y estará aparejado para sufrir cualquiera adversidad. Procurará hacer todo esto sin fingimiento alguno; *mas si no puede con entero corazón y voluntad decirlo, a lo menos sea como mejor pudiere, y agradará en ello al Señor.*

Plegaria para alcanzar la divina unión.- Esto acabado, le pedirá al Señor lo que le es necesario para llegar a la íntima unión con Él.

Intercesión de la Virgen y de los Santos.- Después, pedirá favor a la gloriosísima Virgen María, Madre de Dios, y a los demás ciudadanos del cielo para que por su intercesión alcance la gracia que desea.

Orar por los vivos y por los difuntos.- Asimismo rogará por todos aquellos por quien Cristo nuestro Señor se quiso ofrecer en sacrificio al Padre eterno. Rogará por todos los cristianos y por todos los infieles que hay en el mundo; compadeciéndose íntimamente de los que afean con sus pecados la hermosísima imagen de Dios, que tienen impresa en sus almas, y se apartan de la bienaventuranza y reino celestial. También se compadecerá mucho de las almas que están en el purgatorio. De esta manera, tendrá cuidado de toda la casa y familia de su Señor, y deseará grandemente la salud y bien de todos. Y así facilísimamente alcanzará que use Dios con él de su clemencia.

Alabanzas a la Santísima Trinidad y deseos fervientes.- Concluídas estas cosas, enderazará su oración a la Santísima Trinidad, y prosígala con alabanzas; tendrá un deseo de alabar a Dios, más perfectamente de lo que le alaba y puede alabar. Porque *ante Dios, el deseo de hacer una buena obra cuenta como la obra misma; recibiendo la buena voluntad del hombre en lugar de las obras que no puede efrecer ni practicar. Y cuan grandes queríamos que fueren nuestros deseos, tan grandes son en el acatamiento de Dios.*

Últimamente el varón contemplativo amorosamente levantará a Dios su espíritu, y deseará con encendidos deseos la bienaventurada unión con Él.

CAPÍTULO XI

De este mismo ejercicio cotidiano en forma de oración, con que el varón espiritual podrá aprovechar mucho en la divina unión

Por el contento del que comienza las cosas espirituales, paréceme bien poner aquí una forma de orar conforme al sobredicho ejercicio.

Dolor de los pecados.- “¡Oh Señor Dios mío Jesucristo! ¿qué diré? Hincó las rodillas de mi corazón, y confieso mis pecados. Porque pequé a ti sólo he ofendido. Pequé contra tí, benignísimo Creador mío; pequé contra ti, muy amable bienhechor. ¡Ay! que siempre te fuí muy ingrato, y no te guardé fidelidad. Soy vilísimo, soy polvo y ceniza; nada soy, Señor; ¡ten misericordia de mí, ten misericordia de mí! En tus muy amadas llagas echo todos mis pecados y negligencias, que son innumerables y gravísimas; y las arrojo en el inmenso fuego de tu amor, y las anego en el infinito abismo de tus misericordias. ¡Ojalá, Señor, nunca te hubiera ofendido, ni hubiera impedido en mí tu gracia! ¡Ojalá te hubiera siempre agradado, y en todas las cosas hubiera siempre obedecido a tus inspiraciones y voluntad! Propongo de huir de aquí adelante, con tu divina gracia, todo lo que te desagrada; estando dispuesto de morir antes que ofenderte. ¡Ea, piadoso Jesús!, perdóname por los merecimientos de tu santísima humanidad, por los merecimientos de tu santísima Madre y de todos tus santos. Lávame con tu preciosa Sangre y límpiame interiormente, sáname y santifícame perfectamente”.

Acción de gracias.- “Te adoro, alabo, glorifico, bendigo y te doy gracias, Señor Jesucristo, por todas tus misericordias y

beneficios. Te doy gracias, ¡oh Hijo de Dios vivo!, altísimo Dios, que por el excesivo amor con que me amaste, tuviste por bien hacerte Hombre. Quisiste nacer por mi en un establo, y, niño, ser envuelto en pobres pañales, fajado con pobres mantillas, reclinado en un duro pesebre, mantenido con la leche de tu dulce Virgen y Madre; quisiste sufrir pobreza y necesidad, y padecer muchos y muy diferentes trabajos y molestias, por espacio de treinta y tres años. Quisiste, por las grandes angustias que te fatigaban, ser cubierto de un sudor de sangre, ser preso, atado, condenado, escupido, herido con bofetones y pescozadas y vestido como loco, de una vestidura blanca. Quisiste ser cruelmente azotado y coronado de espinas, enclavado en una Cruz y beber hiel y vinagre. Tú, que vistes las estrellas, estuviste por mi causa colgado en una Cruz desnudo, despreciado, llagado y afligido; por mi derramaste tu purísima Sangre, y por mí padeciste muerte. ¡Ea, dulce Jesús! única salud mía, concédeme que te ame con un amor encendido, y que me compadezca de ti íntimamente. Abrazo tu venerable Cruz con los brazos de mi alma, y por tu gloria y amor la beso. Reverencio las coloradas y sabrosas llagas, que por mi amor recibiste, y donde me tienes dibujado y esculpido. Salve, salve, salve, resplandecientes y saludables llagas de mi Señor y amador mío”.

Acto de humildad y resignación.- “Heme aquí, Salvador mío, digno de toda reverencia, yo, pecador abominable, me pongo en el más ínfimo lugar, y en el último de todas las criaturas, porque no merezco que me sufra la tierra. A todos los hombres los prefiero a mí, a todos me sujeto, y me señalo por siervo de todos. A todos los amo con la sincera caridad que puedo, especialmente a los que me molestan y persiguen. Renuncio por tu amor todo pecado y vanidad, todo deleite y desconcierto, toda propia voluntad y poca mortificación. Dejo y renuncio a todas las cosas inferiores a ti, sólo a ti escojo entre todas ellas. En ti me resigno enteramente. Deseo y ruego que tu muy agradable voluntad se cumpla en mí, así en el tiempo como

en la eternidad. A ti me ofrezco con ánimo de sufrir con tu gracia, a gloria de tu Nombre, cualquiera ignominia o injuria, cualquier baldón, cualquier afrenta, cualquier tribulación y dolor. Estoy dispuesto para carecer de cualquier consuelo sensible. No huiré, siendo tu voluntad de vivir en la misma pobreza y aflicción que Tú viviste”.

Plegaria para obtener la mística unión.- ¡Ea, suavísimo Jesús! mortifica en mí todo lo que te desagrada, adórneme con tus merecimientos y virtudes. Dame humildad, obediencia, mansedumbre, paciencia y caridad verdadera; dame una perfecta continencia de mi lengua, y de todos mis miembros y sentidos; dame pureza, desprendimiento, libertad interior, y recogimiento íntimo de mi alma. Conformar mi espíritu con el tuyo, mi alma con la tuya y mi cuerpo con tu santísimo Cuerpo. Serena y alumbrar lo íntimo de mi alma con la luz de tu divinidad. Creo que, cuanto a tu divinidad, estás dentro de mí ; suplícame, pues, Dios mío, que seas servido de mirar por mis ojos, oír por mis orejas, hablar por mi lengua, y obrar por todos los demás miembros lo que fuere tu voluntad. Líbrame de todos los impedimentos, para que si en alguna manera es posible, sea contigo unido perfectamente. Méteme por tus sacratísimas llagas al íntimo centro de mi alma, y trasládame en ti. Dios mío y mi origen; para que sienta en mí una vena de aguas vivas, y te conozca claramente, te ame encendidamente, y sea contigo unido sin medio ninguno, y en ti descanse por una quieta fruición, a gloria de tu Nombre. Óyeme, Señor mío, no conforme a mi voluntad sino conforme a la tuya; óyeme como sabes que conviene a tu honra, y a mi salud y remedio”.

Súplica a María y a los Santos.- “¡Oh María, dulcísima madre de Dios, oh Reina gloriosísima del cielo!, ten misericordia de mí. Intercede por mí, ¡oh, azucena de la resplandeciente y siempre sosegada Trinidad!, para que por ti abrace con amor perfecto a tu Hijo Jesucristo, y para que sea hombre conforme a

su Corazón. ¡Oh santos y santas de Dios y ángeles bienaventurados , ayudadme! Rogad por mí, flores fresquísimas de la patria celestial; para que por vuestros merecimientos agrade al sumo Rey, con cuya clara y suave contemplación estáis siempre alegres”.

Plegaria por los vivos y por los difuntos.- “¡Ea, misericordiosísimo Jesús!, apiádate de tu Iglesia, apiádate de todos aquellos por quien tu derramaste tu Sangre preciosísima. Convierte a los miserables pecadores. Convierte a los herejes y cismáticos, alumbra a los infieles que no te conocen. Ayuda a todos los que están en alguna necesidad y tribulación. Ayuda a los que se han encomendado o desean encomendarse en mis oraciones. Ayuda a mis padres, parientes y bienhechores, haz que todos cumplan tu voluntad. Concede a los vivos perdón y gracia, y a los difuntos descanso y luz eterna. Por todos ellos te ofrezco tu preciosísima Sangre, ofrézcode todo lo que quisiste hacer y padecer por nuestro remedio; ofrézcode los merecimientos de toda tu Humanidad”.

Alabanza a la Santísima Trinidad y fervientes deseos.- “¡Oh altísima , clementísima y benignísima Trinidad! Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios, enseña guía y ayuda a este que en tí espera. ¡Ea, Padre soberano!, por tu infinito Poder, fija mi memoria en ti, y llénala de santos y divinos pensamientos. ¡Ea, Hijo, por tu eterna Sabiduría ilumina mi entendimiento, y adórnalo con el conocimiento de la suma verdad y de mi vileza. ¡Ea, Espíritu Sato!, que eres Amor del Padre y del Hijo, por tu incomprensible Bondad traspasa en ti mi voluntad, y enciéndela con un ardor de caridad que jamás se apague. Ojalá, ¡Oh Trinidad dignísima de ser alabada!, ojala yo te pudiese amar y alabar tan perfectamente, cuanto te aman y alaban todos tus santos y ángeles. Heme aquí , Señor, que celebro , todo cuanto puedo, tu sabia y benigna Onnipotencia, bendigo tu Sabiduría omnipotente y benigna; glorifico tu Bondad sabia y omnipotente. Empero,

pues no soy suficiente para alabarte como es razón, ten por bien de alabarte Tú a ti mismo en mí perfectísimamente. Con grandísimo contento pusiera en ti solo el amor de todas las criaturas, si lo tuviera ¡Oh Señor Dios! , ¡Oh amado principio mío!, ¡oh esencia sumamente simple!, sumamente quieta, sumamente amable, ¡oh abismo sumamente dulce!, sumamente deleitoso, y que merece ser sumamente deseado. ¡Oh alegre luz mía y suave alegría de mi alma! ¡Oh rio impetuoso de inestimables deleites, oh piélago de inefables gozos, oh cumplimiento sin término de todo bien! ¡Oh Dios mío, y todas las cosas! ¡Oh suma suficiencia mía! ¿Qué quiero yo fuera de ti? Tú solo eres único e inmutable Bien mío. A ti solo debo buscar; a tí solo busco y deseo. ¡Ea!, llévame en pos de ti. Abrásame con el fuego encendidísimo de tu amor. Mira mi desamparada pobreza, mi ignorancia y ceguedad. Ábreme, Señor, que te llamo; abre a este huérfano que te está dando voces. Anégame en el abismo de tu divinidad, absórbeme todo, y hazme un espíritu contigo, para que puedas tener en mí tus regalos “.

Si a alguno le pareciere largo este ejercicio, podrá repartirlo en muchas horas, resumirlo brevemente en pocas palabras o sin ellas.

CAPÍTULO XII

Qué es lo que ha de esperar el varón contemplativo que persevera en las cosas sobredichas, y como se hace la unión mística; y de algunos consejos a este propósito y del centro íntimo del alma o cumbre del espíritu

Fruto seguro.- Si el que comienza la vida espiritual se

ejercitare cada día en estas cosas y se juntare a Dios; si procurare sin cesar llegarse a Él con interiores coloquios y amorosos deseos, si perseverare constante en la negación y mortificación de si mismo, no abandonare su santo propósito ni por sus repetidas faltas ni por innumerables distracciones de su pensamiento, realmente llegará a la perfección y a la mística unión; y si no en la vida será en la muerte, y si tampoco entonces la alcanzare, la alcanzará sin ninguna duda después de la muerte del cuerpo.

Eficacia del deseo.- Porque en la eternidad gozará *esa misma perfección tanto más o menos, cuanto mayor o menor hubiere sido el deseo con que la procuró aquí. Pues Dios, por los deseos santos nos dará su eterna bienaventuranza, aunque en esta vida no lleguemos a conseguir lo que deseamos.* Tenga, pues, buen ánimo el varón espiritual; pida, busque y llame; acordándose de aquella fiel promesa de Jesucristo nuestro Señor, que dice: “el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama le abren”, ¹ esto es, cuando conviene. Crea que *no es posible que se quede sin fruto oración alguna por pequeña que sea, ni aun el más pequeño suspiro.*

Ame en los demás amigos de Dios la perfección que él desea, aunque no la tenga. Gócese, y dé gracias al Señor por los beneficios que reciben de su mano; porque así, libre de toda envidia, por la caridad y agradecimiento hará como si los bienes ajenos fueran suyos propios.

Oración para alcanzar la unión divina.- Podrá (y le será de mucho provecho) repetir en el corazón estas palabras: “Oh Señor Dios mío!, Tú siempre me estás presente, Tú moras, en lo íntimo de mi alma. ¡Oh bien simplicísimo y suavísimo! ¿cuándo te hallaré? ¿cuándo me juntaré a ti con un nudo inseparable? ¡Oh deseable principio mío! ¿cuándo tornaré a ti, y, dejada la antigua forma me transformaré sobrenaturalmente en ti? ¡Ea, Señor!, ten misericordia de este pobre desterrado, ten misericordia de este

¹ Lucas, 11, 10.

pobre desterrado, ten misericordia de mí, vilísimo pecador. Limpia, Señor, y santifica mi corazón; levanta y alumbra mi alma. Hazme interiormente puro, simple, desprendido de todo y libre; hazme hombre a medida de tu corazón. Enciéndeme y abrázame totalmente con el fuego de tu amor; para que mi alma toda derretida corra en tí, y sea contigo unida sin algún medio, a gloria de tu Nombre. ¡Oh Jesucristo!, Hijo de Dios vivo, hazme conforme a tu santísima Humanidad”.

Descripción de la mística unión.- Dichoso el hombre que de continuo procura la pureza de corazón, y que se ocupa en el santo recogimiento interior, acudiendo a lo íntimo de su alma, y totalmente renuncia su amor propio, su propia voluntad, y propio gusto; porque el tal merece acercarse más y más a Dios; y al fin, levantadas, clarificadas y adornadas con la divina gracia sus potencias superiores, alcanza la unidad y pureza de su espíritu, y posee un puro y simple amor, un pensamiento simplícimo, ajeno a todos otros pensamientos. Y así, en haciéndose capaz de la inefable y excelente gracia de Dios, es llevada a aquella fuente viva que corre *ab oeterno*, y, hasta hartar, sustenta las almas de los santos.

Resplandecen entonces sus potencias como unas estrellas, y se hace capaz para contemplar el abismo de la divinidad con una serena, simple y alegre vista, sin que allí obre la imaginación ni el entendimiento. Y así, cuando con amor se convierte a Dios enteramente, resplandece en su centro una luz incomprensible, la cual dando de hito en los ojos de la razón y del entendimiento, los oscurece; mas queda abierto el ojo simplicísimo del alma, esto es; el pensamiento puro, simple, y libre de toda imagen, y levantado sobre el entendimiento. Y el alma oscurecida, y a la lumbre del entendimiento con tanta claridad, ninguna cosa ve en el tiempo más levantada sobre todo tiempo y lugar, y toma una propiedad de la eternidad. Porque perdiendo las imágenes y distinción y consideración de las cosas, aprenda ya, por experiencia, que Dios pasa y se levanta muy mucho sobre todas las imágenes

corporales, espirituales y divinas, y sobre todo lo que el entendimiento puede comprender de Dios, y se puede decir o escribir de Él y de cualquier nombre que se le puede poner.

Ve clarísimamente que todas esas cosas están muy lejos infinitamente de la verdad de la divina esencia. Con todo eso, no sabe qué cosa sea este Dios que siente en sí. De aquí es que alcanzado ese conocimiento, descansa en solo Dios amable, puro, simplicísimo, y no conocido. Porque la divina luz, por su demasiada claridad no es posible penetrarse, y así se llama tiniebla y oscuridad. Aquí recibe el alma la palabra escondida que Dios le habla en el silencio interior, y en lo más secreto de su alma. Ésta recibe y siente por experiencia el abrazo de la mística. Porque, después que por amor se arrebató sobre el entendimiento y sobre todas las imágenes, y aun sobre sí misma (lo cual es obra que solo Dios la puede hacer), saliendo de sí, se pasa en Dios que entonces es su paz, su descanso y fruición. Pues aquella alma, en semejante arrobamiento, con mucha razón canta: “Dormiré y descansaré en paz, juntamente con Él”.¹

Digo, pues, que aquella alma enamorada de Dios se deshace y desfallece en sí misma; y como convertida en nada, se encierra en el abismo del eterno amor de que gusta. Porque en aquella soledad, y oscuridad anchísima de la divinidad, se pierde, y perderse allí es hallarse. Allí, despojándose realmente de lo que es humano y vistiéndose de lo divino, se transforma y muda en Dios; así como el hierro metido en el fuego, toma forma de fuego y se muda en fuego. Empero semejante alma, deificada, no deja su ser, así como el hierro, aunque esté encendido, no deja de ser hierro. De manera que la misma alma, que primero estaba fría, arde ya; y la que antes estaba oscura, resplandece ya; y la que antes estaba oscura, resplandece ya; y la que antes estaba dura, ya está blanda. Verdaderamente todo aquel color que tiene es de Dios, porque toda su esencia está empapada en la esencia de Dios. Toda ella abrasada en el fuego del divino amor; y, toda derretida, se pasa en Dios y está sin medio unida con Él, y hecha

¹ Salmoo, 4 y 9.

con Él un espíritu, como del oro y del cobre derretido se hace un metal.

Empero hay diferentes grados de estos que así se arroban en Dios; porque tanto uno llega a Dios más profunda y soberanamente, cuando más eficaz encendida y amorosamente se convierte a Él, y cuanto más en esa obra se desnuda de todo propio gusto e intereses.

Dionisio Areopagita, en el libro que escribió a Timoteo, de la Mística teología, le exhortó de esta manera a la sobredicha unión. “Tú, dice, amigo Timoteo, para que puedas recibir las contemplaciones secretas, por medio del ejercicio interior del alma, deja las potencias sensitivas e intelectuales y sus operaciones, y a todos sus objetos, así de las cosas que tienen ser, como de las que no lo tienen; y procura con todas tus fuerzas, como si no entendieses, unírte a Aquel que es sobre toda sustancia y conocimiento. Porque cuando te levantares sobre ti mismo despojado y puro de todo deseo y cuidado, y sobre todas las cosas, por un arrobamiento de alma, y dejándolas entonces todas y estando libre de ellas, volarás por la contemplación al rayo supersustancial de la divina oscuridad.” Y después de algunas palabras dice: “El varón contemplativo, desamparando las cosas visibles y las intelectuales, entra y se anega en la secreta oscuridad a donde no alcanza el entendimiento, a donde se encierra todo saber y conocimiento, y todo se anega en Aquel que es sobre todas las cosas, a donde no llega ningún sentido”. Y poco después: “Pedimos, dice, ser levantados a esta oscuridad que excede a toda luz, y por un arrobamiento del alma (a donde el entendimiento no ve ni conoce cosa alguna), ver y conocer a Aquel que es sobre toda vista y conocimiento. Porque aquí el no ver ni conocer, es ver y conocer de veras”. El mismo Dionisio, escribiendo a Doroteo, diácono, habla así de esta oscuridad: “La divina oscuridad es una luz inaccesible, en donde se dice que mora Dios. Ésta es invisible por la demasiada claridad que sobrepuja a toda sustancia; y la misma es inaccesible por la gran abundancia de luz supersustancial que de ella procede. Aquí llega

cualquiera que mereció conocer y ver a Dios, y es anegado en ella; y, no viendo ni conociendo, es más íntimamente unido a Aquel que excede toda vista y conocimiento, conociendo que Él es sobre todas las cosas sensibles e inteligibles, y diciendo con el Profeta: *Tu admirable sabiduría excede mi capacidad, y se encumbra más de lo que yo puede alcanzar.*¹ De esta manera dice que conoció a Dios el santo y admirable apóstol, San Pablo, el que conoció que *era sobre toda ciencia y entendimiento*²; y así dice que sus consejos no se pueden comprender con algún entendimiento, ni escudriñarse sus juicios, ni contarse sus gracias, y que *su paz también excede a todo entendimiento.*¹ Porque había hallado a Aquel que era sobre todas las cosas y sabía y sobrepujaba toda la capacidad del entendimiento humano, porque a todas las cosas hace grandísima ventaja el Autor de ellas.” Estas son palabras de Dionisio, discípulo del apóstol San Pablo.

Oh, cuán santa es aquella alma que siendo visitada de Dios con singulares regalos, y levantada sobre todas las cosas criadas, y sobre su acción, en su memoria se desnuda de todas las imágenes, y siente una pureza y simplicidad; en su entendimiento recibe rayos excelentísimos del sol de justicia, y conoce la divina verdad; mas en la voluntad siente un encendimiento de amor quieto, o un tocamiento del Espíritu Santo, como una fuente viva que mana arroyos de eterna suavidad; y así es convidada a la excelente unión con Dios, y medita en ella. ¡Oh bienaventurada aquella hora! Entonces sin duda goza el alma interiormente de una fiesta sobrenatural, y muy alegre, y de un hermosísimo gusto; y en alguna manera gusta de la bienaventuranza venidera. ¡Oh, cuán dichoso es aquel a quien le nace aquella olorosísima primavera y aquel suavísimo verano, a quien siquiera por un momento le es concedido gozar de aquella divina unión!

Porque el tal llega a una cosa que no puede comprenderla el entendimiento ni la razón, ni explicar la lengua. Por una sabia

¹ Salmo, 138, 6.

² 2a. Corintios, 5, 12.

¹ Romanos, 11, 33.

ignorancia, y por un tocamiento de amor, conoce mejor a Dios que los ojos exteriores al sol visible. De tal manera se fortifica en Dios, que siente que lo tiene más cerca, que está él a sí mismo. Y por eso vive una vida endiosada y superesencial; hecho conforme a Cristo cuanto al espíritu y alma y cuerpo. Ora coma, ora beba, ora vele, ora duerma, siempre obra Dios en él; el cual superesencialmente vive en él: y Dios le enseña todas las cosas, y le descubre soberanos secretos. Muy muchas veces y aun sin cesar, lo visita, abraza, besa, alumbra, enciende y lo penetra e hincha. Porque como ya su alma sea un muy claro y limpio espejo que está enfrente del divino sol, con proporción y conveniencia, no es posible que de continuo deje de comunicarle el rocío de su gracia, los rayos de su sabiduría y las centellas de su caridad. muy alta y admirablemente se manifiesta Dios algunas veces al alma perfecta. Mas aun no se muestra como Él es en su inefable gloria, sino como es posible verse en esta vida.

Advertencias y consejos.- *Empero el alma no puede llegar a esta íntima unión con Dios, si no tiene semejanza con Él, estando toda limpia y pura.* Pues para que merezca ser unida con Dios, guárdese (cuanto pudiere) libre y exenta de todo pecado y de todo deleite vano y desnudo su entendimiento y afecto de todas las cosas criadas. Ruegue a Dios que la haga tan pura y despojada de todo, cuanto lo estaba cuando nació segunda vez en el sagrado bautismo; porque así correrá a Él sin impedimento ninguno.

Conózcase siempre, por una humildad profunda, por muy vil y de ningún merecimiento, sujétese totalmente a la divina voluntad y tenga su alma levantada en Dios.

Los pecados graves y el no tener nuestra voluntad mortificada, nos hacen muy desemejantes a Dios, y son como unas muy gruesas murallas que nos apartan de Él.

Un poquito de amor y afecto muy pequeño con que uno se pega a las criaturas, y la palabra ociosa, y el bocado comido sin orden, y otros descuidos y negligencias menores, no permiten que Dios (que es suma pureza) se junte al alma, si primero no se limpian por la penitencia.

Y, finalmente, cualquiera imagen o pensamiento de estas cosas, transitorio, aunque sea de los mismos ángeles, y ni más ni menos el pensamiento de la Pasión del Señor, o cualquier pensamiento intelectual, le impide al hombre en esta vida, cuando se quiere levantar a aquella mística unión con Dios, que es sobre toda sustancia y entendimiento. Pues al punto que quisiere hacer esto, se han de dejar y despedir semejantes imágenes y pensamientos santos, que en otra ocasión con grandísimo provecho se reverencian y conservan; porque ponen algún medio entre el alma y Dios.

Y así el varón contemplativo que desea llegar a esta unión, *al punto que siente que el amor divino lo inflama y levanta, corte cualesquiera imágenes, y acuda con presteza al Santa Sanctorum, y a aquel silencio interior, a donde no es la obra humana, sino divina; porque allí Dios es el que hace, y el hombre el que padece.* Que mientras allí cesan las obras del alma abrasada en amor, y están libres de todas las imágenes, y como en profundo silencio, habla Dios; y ocupa esas potencias como Él quiere, y hace en el alma una obra excelentísima. *Cuando el varón contemplativo siente que ya ha cesado esa obra, vuelva él a tomar la propia, y a ocuparse en sus ejercicios.*

Además de esto, advierta el varón espiritual que en semejantes arrobamientos no ha de extender demasiado su entendimiento; porque, pretendiendo volar más alto de lo que importa, derramándose fuera de la simplicidad, no se embarace con algunas tinieblas interiores, de las cuales suelen nacer grandes miserias y angustias intolerables. Acuda simplemente al íntimo centro y cumbre de su alma, humillando y cegando con diligencia y suavidad los ojos del entendimiento.

Huya con discreción el ahinco violento, no fatigue la naturaleza, no se debilite demasiado. Y si con todo eso no pudiere excusar la fatiga, no se aflija ni turbe ni pierda el ánimo; más sufra con humildad y paciencia esa molestia; recibiendo de las manos del Señor y ofreciéndosela en alabanza eterna. Si esto hiciere y perseverare constantemente en el ejercicio de este recogimiento

interior, al fin será sustentado abundantemente con un maná celestial, y algún día se verá hartó.

Algunos, ejercitándose en aspiraciones fervorosas a Dios, muchas veces sienten gran tormento, hasta que al fin, por beneficio de Dios y por la perseverancia que tuvieron, llegan a saberse ejercitar sin esta molestia. También algunos no pueden sufrir una muy pequeña compunción sensible, sin mucho daño. *El varón espiritual procure con cuidado huir todo lo que le puede enturbiar la serenidad y quietud interior; empero, como arriba dijimos, los impedimentos que no pueda excusar, ofrézcalos a Dios en alabanza eterna.*

No se espante demasiado de lo que siente, ni haga gestos extraordinarios cuando recibe de Dios algún consuelo, y es visitado de Él con algún regalo singular, y cuando lleno de lumbre de gracia es arrobado fuera de su lumbre natural. No escudriñe qué sea Dios, o cómo sea. No examine qué luz es la que allá dentro lo alumbra y esclarece, y qué gusto es aquel que recibe; mas dejando esas cosas en su ser, sin curiosidad ninguna descanse en solo Dios, no conocido ni nombrado.

Y para que no esté con recelo ni temor, cuando es copiosamente alumbrado con alguna luz y consuelo interior, importa que sepa que cuando aquella luz que resplandece en el centro de su alma la hace que conozca la bondad de Dios y su propia vileza, y hace también que aproveche en la humildad, es luz que le envía Dios y no el demonio.

Es cosa cierta que puede el demonio engañar a los hombres vanos y soberbios, metiendo secretamente una luz fingida, y despertando en la sangre o en el corazón una dulzura falsa; mas sólo Dios puede penetrar la esencia del alma y entrar en ella.

El varón espiritual no busque su interés en los dones que de Dios recibe, sino la gloria y alabanza del mismo Dios; no se aproveche de ellos para su propio deleite, porque sería muy poco miramiento mezclar estiércol del propio deleite con el bálsamo preciosísimo de la divina gracia; antes, muerto a todos los dones, solamente desee que Dios pueda hallar en él deleite, gozo y paz, y

que pueda él gozar del afecto de su muy agradable voluntad divina.

Esté siempre con el deseo de carecer de los *consuelos que Dios le hace*; mas los que le hiciere, no los deseche ni los impida, sino recibéndolos con ánimo humilde y agradecido, *se admire de cuán bueno es Dios, pues hace tan soberanas mercedes a quien tan poco merece como él*.

Realmente es cosa excelentísima y de grandísimo contento descansar interiormente con Dios, haciéndose un espíritu con Él; mas *no por eso se han de dejar las buenas obras y los demás ejercicios*. Porque la abeja, mientras está de asiento en la flor, no hace miel ni cera; y ¿de qué sirve concebir los consuelos y regalos de Dios si no se sigue también el fruto?

Por cierto que es muy agradable a Dios, y muy provechosa al hombre, la perseverante resignación en la flaqueza, esterilidad, oscuridad y pobreza de espíritu. Y es de advertir que algunos se ocupan en Dios y contemplan mejor estando sentados, que en pie o de rodillas.

Si el varón espiritual en su ejercicio, es llamado, o le obliga la obediencia a dejarlo, no se le haga discurso; mas obedeciendo con prontitud y alegría, así se ocupe en las cosas exteriores que no deje las interiores; porque siempre se ha de negar y renunciar a sí mismo, estando siempre dispuesto para dejar sus ejercicios acostumbrados, conforme a la voluntad de Dios, y a la justa petición y necesidad de los hombres. También ha de mirar mucho no le impida la gracia y obras de Dios, el afligir y castigar la carne demasiado, siguiendo su parecer.

De la consumación de la unión divina en la cumbre o centro íntimo y puro del alma.- Algunos de los Padres hablan, casi de esta suerte, de esa divina unión que se hace en la cumbre y centro del alma. Dicen, pues, que cuando lo más alto de la voluntad o el supremo afecto se enciende en el divino amor, también la parte suprema del entendimiento, o la simple inteligencia, recibe de Dios su luz; y ya se manifiesta a sí misma

la santísima Trinidad; el Padre, en la memoria, por una simple luz del pensamiento; el Hijo, en el entendimiento, por un conocimiento claro; el Espíritu Santo, en la voluntad, por un amor encendido. Y así el alma que contempla aquella lucidísima oscuridad y aquella oscurísima luz, desfalleciendo de sí misma y pasándose en Dios, se hace un espíritu con Él en su íntimo centro; y engendrada con la palabra eterna de Dios (que allí pronuncia el Padre celestial), es nobilísimamente renovada y hecha apta para cualquier buena obra o ejercicio; de manera que el mismo Dios Padre dice ya de ella: “Esta es mi hija amada, de quien me agrado mucho”. Y así exhorta muy bien, cierto amigo de Dios, al alma racional: “¡Oh alma generosa! Guárdate pura y limpia de toda concupiscencia; porque la libertad es un tesoro preciosísimo. No te derrames con los sentidos, mas enfrenándolos, mora dentro de ti. Recógete, pues, en tu íntimo centro, y, convirtiéndote a Dios amoroso y encendidamente, anégate siquiera mil veces al día en ese abismo de la divinidad. porque sin duda que alcanzarás allí noticia de la bienaventuranza no criada. Allí recibirás un gozo grandísimo aunque no perfecto. Pues sólo en aquella patria celestial, en donde verás perpetuamente a Dios como Él es, se dará el gozo perfecto, sin que cese jamás.” Hasta aquí son palabras de aquel amigo de Dios.

Verdaderamente que el alma que está anegada y absorta en Dios, de una parte a otra nada en la divinidad, como en un mar anchísimo, y está llena de un gozo inefable, el cual comunica abundantemente al cuerpo; y esa ama ya comienza en este destierro la vida eterna. Porque tienen sus pensamientos fijos y fundados en Dios, y va siempre entrando más en su principio, estando de continuo delante de Dios. Posee cierta unidad sobrenatural de espíritu, donde mora con en estancia propia; y se inclina en la divina esencia, hasta llegar a aquella suprema unidad donde el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son una cosa en su simplicísima esencia; de manera que, semejante alma, tiene su trato y conversación en los cielos, esto es, en las tres divinas Personas; y, cuando está unida con Dios excelentísimamente,

goza de la misma eternidad, sin tener cuenta con lo pasado, ni por venir, mas con un presente eterno; y allí, en aquella inmutable eternidad (que es Dios), tiene todas las cosas, y conoce aquel orden y distinción soberana, libre de todas imágenes y formas. Así, vuela en su idea y principio que es Dios, el alma levantada sobre el entendimiento; y allí es hecha luz en la luz. Entonces se estrechan y oscurecen todas las lumbres infusas y naturales, que resplandecieron algún tiempo debajo de esta luz; así como no se echa de ver la luz de las estrellas delante del sol. Porque cuando nace la luz no criada, desaparece la luz criada. Así que la luz criada del alma se muda en la luz de la eternidad.

Vida exterior del hombre espiritual.- A éstos, que sin duda han vencido y mortificado excelentísimamente su naturaleza y sensualidad con la divina gracia, ya casi se les transformó y mudó el alma en espíritu; y así no se mueven viciosamente con las prosperidades ni adversidades, mas gozan de una paz esencial. Porque no es posible que dure en ellos la esperanza, ni el temor, ni el gozo, ni la tristeza, ni el odio, ni el amor sensual y desordenado, ni otra inquietud ninguna. Y aunque estos hombres, que merecen ser amados, sean ilustrados abundantemente con la divina luz, en la cual conocen claramente qué es lo que deben hacer y dejar; empero de muy buena gana, por amor de Dios, se sujetan a otros, de muy buena gana obedecen a todos en lo que es conforme a Dios, y de muy buena gana escogen el más humilde lugar. Por muchos y muy excelentes dones que reciban, no se ensorbecen; porque se han anegado profundísimamente en su propia nada. Ninguna cosa sienten en sí; conociendo que cuanto hacen bueno es obra de Dios. Perseveran de continuo en la verdadera humildad y en el temor de hijos y juntamente conocen de sí que son siervos inútiles.¹

Todo lo que pueden huyen con gran diligencia, no solamente de los pecados graves, pero de los muy pequeños y menudos, y luego limpian y lavan con Sangre de Cristo, y con su Pasión y

¹ Lucas, 17.

merecimientos, las culpas y negligencias en que caen por su flaqueza. Dejan los ejercicios y ocupaciones propias que algún tiempo tuvieron; porque ningún ejercicio tienen por su propio gusto, ni son suyos, sino de Cristo. Y sin que sepa el mundo de ellos, se están escondidos; y apenas hay quien conozca ni eche de ver su vida, la cual es verdaderamente cristiana y simple, y su trato levantado a las cosas del cielo, sino es que reciba la misma gracia que ellos; porque en lo de fuera no suelen mostrar alguna especial y extraordinaria manera de vivir. En la comunicación son suaves y benignos, y comunes compañeros de todos; mas de suerte que no se ofenda Dios. No son muy severos, sino muy clementes, y con todos son misericordiosos; y así se tiene por verosímil que jamás se podrán apartar de Dios, si no es que acaso (lo que Dios no permita) dejan la humildad. Y estos hijos ocultos de Dios, por ser sus palabras humildes, y ellos vivir como gente de poca estima, por la mayor parte son desestimados, aun de aquellos que parece que en lo exterior tienen alguna santidad. Y aun de aquellos que tienen la vida muy rigurosa y áspera y que principalmente confían en la aspereza exterior, tomada por su propia voluntad, son algunas veces menospreciados; porque los tales dan a sus cuerpos razonablemente el sueño y las demás cosas necesarias, para poder servir mejor al espíritu; pero más gusto le da a Dios cualquiera de éstos, y más deleite recibe, que con muchos otros hombres que no están unidos con Él íntimamente.

Cuán desconocida es esta materia.- Pocos se levantan sobre sus fuerzas naturales (y es cosa cierta que ninguno por su propia industria, por sí mismo, puede sobrepasarlas, mas sólo Dios levanta sobre ellas al hombre que ora humildemente y hace lo que es de su parte), pocos saben que es supremo afecto, y la simple inteligencia, y lo más alto del espíritu, y el escondido centro del alma; y apenas se les puede persuadir a algunos que hay en nosotros semejante centro Porque él es más interior y más alto que las tres potencias superiores del alma, porque es la fuente

de ellas, Él es simplisísimo, esencial y uniforme, de suerte que no hay en él multiplicidad sino unidad, y las tres potencias en él son una cosa. Allí hay suma tranquilidad, y sumo silencio; porque no puede llegar allí imagen ninguna. Nosotros somos semejantes a Dios cuanto a este íntimo centro y cumbre, en el cual está escondida la imagen de Dios. El mismo centro que va a parar a cierto abismo, se llama el cielo del espíritu; porque en él está el reino de Dios, conforme a lo que el Señor dice: *El reino de Dios está dentro de vosotros*.¹ Y el reino de Dios es el mismo Dios con todas sus riquezas. Pues este centro simple y puro y sin alguna imagen, está levantado sobre todas las criaturas, y sobre todos los sentidos y potencias, y está fuera de todo lugar y tiempo, estando unido con su principio, que es Dios, con una unión perpetua; empero esencialmente está dentro de nosotros, porque el abismo del alma es también su íntima esencia. Cuando al hombre se le descubren y comienzan a parecer unos rayos de este centro a donde de continuo alumbra la divina luz, grandemente lo engolosina y atrae a sí.

¡Oh centro noble, templo divino de donde jamás se ausenta Dios! ¡Oh cumbre excelentísima donde mora la santísima Trinidad y en donde se gusta de la misma eternidad! Más vale acudir una vez siquiera a esta cumbre, y al mismo Dios perfectamente, que otras muchas obras y ejercicios, y esto suele bastar para enmendar muchos años perdidos. Realmente que mana de esta cumbre el agua que sube a la vida eterna; 2 la cual agua es de tanta eficacia y suavidad, que fácilmente destierra toda la amargura de los vicios, fácilmente vence y rinde toda la contradicción de la naturaleza. Porque, en bebiéndola, se derrama por toda el alma y cuerpo, y les comunica a entrambos admirable pureza y fertilidad.

No ha de cesar nuestra oración hasta que merezcamos beber de aquella fuente. Porque en recibiendo la más pequeña gota de ella, no tendremos ya sed de cosa ninguna criada, sino solamente de

¹ Lucas, 17, 21.

² Juan, 4.

Dios y de su divino amor. Y cuanto mas creciéremos en este amor, tanto más aprovecharemos en esta divina unión; y cuanto más perfectamente estuviéremos unidos a Dios y más profundamente anegados en Él, tanto más claramente conoceremos esto en Él y por Él; y cuanto más claramente lo conoceremos, tanto más encendidamente lo amaremos. Llegando unos más tarde y otros más presto a aquella vena de agua viva, todos los ilustrados excelentísimamente con la lumbre sobrenatural. Empero lleva Dios a algunos muy presto a la perfección; a los cuales las más veces, previniéndolos de repente, los arrebat a sí tan fuertemente que no es posible que le hagan resistencia.

Dichoso aquel que, aunque sea después de muchos años, gastados cavando con trabajo continuo, finalmente merece hallar en el centro de su alma la misma vena de las aguas vivas. No hay que espantarnos de que antes de que el hombre sea admitido, para ser de la cámara del Eterno, le sea necesario estar primero fuera de la puerta, velando, esperando y llamando mucho tiempo. Dios, que es abismo no criado, tiene por bien de llamar a sí a nuestro espíritu criado y hacerle consigo una misma cosa; para que ese nuestro espíritu, anegado en el mar profudísimo de la divinidad, venturosamente se pierda en el espíritu de Dios. Porque en esto se alcanza el fin y blanco de todos los ejercicios y de todas las escrituras y mandamientos.

Todo lo que hemos escrito en este libro lo sujetamos a la censura de la santa Iglesia, y de los santos Padres, en cuya fe deseamos vivir y morir, a gloria de Dios, que es bendito en los siglos eternos. Amen.

